



La Lectura Popular

AÑO XX.

Orihnein 1 de Marzo de 1901.

Núm. 421

Los estratégicos

En cierta ocasion, el diablo, enemigo de Dios y de los hombres, viendo que era ya muy conocido, reunió todas sus picardias, las metió en un gorro colorado, y se lo puso á la cabeza disfrazando lo el resto de su persona con un traje de político decente.

—No os fieis del diablo gritaba todo el mundo que lo conocía á través del disfraz y sabia lo que ocultaba el gorro; no os acerqueis á él; hacédle guerra franca como debe hacerse á los enemigos, dirigiendo los golpes á la cabeza.

—¡Cal no: digeron una coleccion de pialosos comilones que andaban al rededor del bicho por mor de las meriendas con que les obsequiaba cada dia para embargarles la boca y evitarse disgustos.

Nosotros no hacemos ascos al diablo porque sabemos que solo sirven para enfiurecerlo más.

Nosotros somos muy tunantes y muy estratégicos; y alternamos con él para engañarlo mejor.

Ya vereis como jugando, jugando, le arrancamos el gorro.

—Lo que hareis vosotros jugando, jugando, es comeros la merienda.

—Calumniadores; exclamaron enfurecidos los tácticos de nuevo cuño. Nosotros si comemos y jugamos y hasta le dejamos ganar algo, es porque entretanto le vamos arrancando pelos hasta que le arranquemos la cabeza.

—¡Ja ja ja ja!

Y mientras reian los que conocian al diablo y á los que le rodeaban, y sabian en lo que pararia el juego, los hábiles jugadores se dirigieron á casa del infernal tahir, don le fueron admirablemente recibidos.

Pero era de ver la cara de pillo con que el diablo les saludaba y la socarronería con que les estrechaba la mano con la garra derecha mientras con la izquierda

se apretaba el gorro.

—Venimos á echar una partidita con usted, digeron los estratégicos.

—No hay inconveniente, contestó Lucifer. Precisamente acabo de preparar unos riquisimos pasteles de los que á ustedes les gustan, dijo sonriendo, y con ellos y algun traguito pasaremos el rato.

—Bien, hombre, bien.

E inmediatamente se puso la mesa, se trajo la pitanza y comenzó el juego.

—Echaremos un tute dijeron los comensales.

—No hay inconveniente, respondió el anfitrión.

—¿Que nos jugamos?

—Lo que ustedes quieran.

—Entre amigos no debe mediar intereses ¿Le parece á usted que por cada baza se arranque al contrario un pelito de la barba?

—No hay inconveniente dijo el diablo.

—Y que al acusar veinte de un palo nos demos unos golpecitos en la frente?

—Hombre eso no; yo tengo la cabeza delicada, dijo el diablo sonriendo maliciosamente mientras se apretaba el gorro.

—¡Ah! no hay cuidado, nosotros somos muy prudentes.

—Bueno: si no se me toca el gorrito... estoy conforme; pero cuidado con tocarme el gorrito porque quedariamos mal.

—¡Ah! no hay cuidado, no hay cuidado.

—Y á condicion de no tocar el gorro comenzó el juego.

—Oros son triunfos, gritó un estratégico ganando la primera baza: venga un pelo.

Y el diablo se lo dejó arrancar con la mayor frescura. ¡Qué importaba aquella sustracion al padre de la mentira, cuando la mentira es como los agujeros: cuanto mas les quitan más grandes son.

—Arrastro, dijo enseguida el habil triunfador ganando otra baza: venga otro pelo.

Y el diablo entregó tranquilamente su cerda.

—Veinte en bastos, dijo enseguida otro

estrategico disponiéndose á dar á los compañeros los convenidos golpecitos.

El diablo conoció la intencion y al tocarle el turno ladeó la cabeza y el estratégico tropezó con un cuerno.

—¡Caramba! me he lastimado, dijo soplandose las uñas.

—Hombre, vaya usted con tiento dijo sonriendo el diablo. Haga usted como yo, añadió enseguida ganando una baza y echando la zarpa á las barbas de los compañeros para arrancarles tres pelos junto con tres agudísimos ayes.

—Eso no es lo tratado, digeron los estratégicos.

—Señores solo he tomado uno por barba.

—Pero tiene usted unas uñas terribles.

—Y que quieren ustedes que yo les haga, si cuanto más me las corto más me crecen. Además ustedes los hombres piadosos son muy delicados no se les puede arrancar nada sin que chillen.

Eso debiera ser, dijo la conciencia al oido de los estratégicos poniéndolos colorados.

—Veinte en copas, saltó entonces el estratégico número uno.

—Veinte en espadas, añadió el número dos.

—Las cuarenta, gritó entusiasmado el número tres.

Y rodeando al diablo fueron á tocarle la frente.

Era el momento crítico.

El diablo sonreia.

Ellos se miraban furtivamente.

El gorro estaba allí tieso y empinado pidiendo guerra, pero... ¡quien se atrevel

Entonces abriéndose responentinamente la puerta asomó una mano grande, muy grande, tan grande como una *MONTAÑA* y dando un cachiporrazo al gorro descubrió el nido de las picardias exclamando: *¡El liberalismo es pecado!*

Dificil es describir lo que entonces pasó.

Furioso el diablo hirguióse con espantosa rabia y amenazando acabar con

cuanto alcanzaban sus uñas comenzó á gritar, berrear, ahullar y hasta rebuznar escribiendo dramas electro-progresistas para recuperar el gorro, y ponérselo en la cabeza.

Si en aquel momento toda mano robusta hubiese secundado el primer golpe, y toda voz potente hubiese repetido el grito, el gorro no hubiera vuelto á su sitio.

Pero la nueva táctica no lo consentía.

—¡Cálmese usted! decían los estratégicos deshaciéndose en excusas; no hemos sido nosotros; ha sido un intransigente; un loco; un extraviado: un *alcantarilla de toda indisciplina*.

—Me ha herido en lo vivo.

—Por eso le castigaremos como merece; que nosotros somos así; cálmese usted.

Y se le castigó.

Y el diablo se calmó.

Y volvió á sonreír tranquilo.

Y volvió á encasquetarse el gorro.

Y se liquidó la partida.

Y cuando se contaron los pelos el diablo resultó con la barba más poblada que nunca.

Y las barbas estratégicas como un mondongo.

¿Podía ya quedar duda de que los estratégicos se habían lucido y que la nueva táctica era un prodigio de..... necedad?

Pues aun sigue en vigor.

ADOLFO CLAVARANA

PENSAMIENTO

Hace setenta años que un venerable enfermo tratado por ilustradísimos doctores y sometido á tratamiento antiflogístico está sufriendo cataplasmas sobre cataplasmas y empeorando cada vez más de su enfermedad.

Pide el enfermo á voz en grito que le rajen y le corten por lo sano arrojando los emplastos y pegotes, y á pesar de ser esto tan lógico no se hace.

—¿Por qué?

—Muy sencillo; porque mientras el enfermo sufre y paga, los curanderos cobran las visitas.

La sociedad moderna paga con la fé de sus hijos el malhadado tratamiento con que se la empeora pretendiendo sostener altos intereses.

¡Ay! de las infelices almas sacrificadas á tan dudosas conveniencias.

Pero... ¡ay! y mil veces ¡ay! de cuanto hoy vive á costa de tales sacrificios.

No hay deuda que no se pague; y la fé perdida por muchas generaciones será siempre una suma terrible que ha de costar mucho saldarla en el tribunal de la divina justicia.

A. C.

MEDITEMOS

En la comedia *Electra*, motivo de tantos atropellos divinos y humanos, hay un personaje apodado por el pernicioso autor Perez Galdos el jesuita Pantoja, en quien ha querido personificar al católico fervoroso; pero que ni es jesuita, ni tiene nada de católico: es pura y simplemente un majadero lleno de egoismo y necedad. Esta repugnante figura la ha interpretado con acabadísima perfeccion el actor D. Julian Valero, notable artista y liberal exaltado, segun cuentan los periódicos liberales, contribuyendo con su sobresaliente talento artístico al extraordinario efecto de la obra y á sus tumultuosas consecuencias, por el odio que ha sabido despertar contra todo lo santo y bueno que con patente impropiedad simboliza el tal Pantoja; pues bien; á los muy pocos dias de estar representando *Electra*, Dios ha llamado á cuentas al Sr. D. Julian Valero.

Y dirán ahora los liberales, periódicos y no periódicos: Bueno: ¿y qué? Se ha muerto de su antigua afeccion cardiaca, arrebatada por el exceso de trabajo de esta temporada, y porque le ha llegado la hora.

Con forme; ¿pero no les parece á ustedes que es una coincidencia que puede servir de punto de meditacion?...

Pidamos por quien con sus singulares dotes tanto ha influido en los agravios que Nuestro Señor lleva recibidos en estos dias, para que la Divina Misericordia tome en cuenta los descargos que le quepan al desventurado actor.

Quizá legítimas necesidades le pusieran en tal sitio; y quizá y sin quizá con harta menos responsabilidad que las enguantadas manos que desde las butacas rabiosamente le aplaudian.

Y no se den por agraviados, entre otros muchos, el Sr. Ugarte, Presidente del Consejo General de los Círculos Católicos de Obreros y Ministro de la Gobernacion, el cual opinaba que nada dañoso tenía la estruendosa comedia; ni menos el famoso autor de *Los Heterodosos Españoles* D. Marcelino Menendez Pelayo, de cuyo estupendo talento estamos á cien mil leguas y más; ¿pero no es de suponer que en la balanza divina han de pesar menos unos cuantos garbanzos requeridos por un pobre cómico, que el escandaloso aplauso del que tiene talento y conocimientos para saber bien lo que es malo y bueno, y más si en tiempos mejores ha reprobado con duros calificativos al vitoreado cuanto impío autor de *Electra*?...

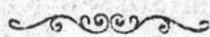
Meditemos.

AMANCIO MESEGUER

SECCION INSTRUCTIVA

A la hora de la muerte.

Acta de retractación hecha á la hora de la muerte por D. Antonio Piñol.



Los que suscriben la presente tienen la satisfacción de comunicar á sus amigos y cor-

religionarios en especial, y en general á todos los cristianos para el bien de la Iglesia, como reparación de daños á unos y otros causados, la última voluntad de Antonio Piñol Pereantón, doctor en Derecho Civil y Canónico, en Derecho Administrativo, abogado, procurador de los tribunales del reino, socio de la Corporación taquígráfica, vicepresidente y fundador de una asociación del Libre-pensamiento, colaborador de periódicos como *El Motín*, *Las Dominicales* y otros de este jaez, con el pseudónimo *Fernando de Antequera*, etc., etc., cuyas últimas palabras dichas á presencia de los firmantes, son como siguen: «Quiero, en primer lugar (dirigiéndose al amigo de más confianza), amigo Creus, que hagas constar ante el mundo y en particular ante mis amigos, acto el más solemne de mi vida, que retiro todas las frases que explícita é implícitamente ataquen á la Iglesia católica pronunciadas en el discurso de inauguración del nuevo siglo en 1 de Enero, en el Centro de Asociación de la calle de la Encomienda; como así mismo todos los artículos escritos en contra de la Iglesia de Jesucristo. En segundo lugar les declaras: Que en la gravedad de mi enfermedad me veía atormentado de dos puntas afiladas que me despedazaban la una la desesperacion y la otra el testimonio de mi conciencia; y viendo, por otra parte, que la Misericordia divina me ponía á salvo de ambas, me acogí á ella, llamando á un sacerdote para que me administrara todos los cuantos auxilios espirituales tiene la Iglesia para estos casos, muriendo en la fé que mis padres me legaron como la mejor herencia. En tercer lugar quiero y es mi voluntad: que se quemen todos cuantos escritos y libros haya en mi casa que puedan comprometer la salud de mi alma ante los ojos de Dios Nuestro Señor, quedando autoriza los todos vosotros y de una manera más directa mi director espiritual por ser más de su competencia; y cuarto y último, es mi deseo: que esta retractación se publique en la prensa, reparando el mayor mal que por ella, indudablemente, habré causado.

De todo lo cual damos fé.—Casto Marifons presbítero.—El teniente coronel Miguel Creus.—Manuel García Franco.—Teresa Borrel, viuda de Piñol.»

A la anterior retractacion podrá añadirse el arrepentimiento de D. Victor Balaguer y D. Ramon Campoamor, escritores ambos muy conocidos por sus ideas liberales y el primero por su filiacion masónica.

Ambos han hecho auto de fé de sus inéditos mamotretos y ambos han muerto arrepentidos de los escándalos dados con sus doctrinas.

A eso vienen á parar la mayor parte de los alardes revolucionarios: á eso vienen á parar las luchas antirreligiosas.

Abran los ojos los Odonos, Blascos, Merañas y Salmerones que quizas antes

de lo que piensan les llegará el turno y entonces hablaremos.

En cambio vean como esos pícaros jesuitas que tanto aborrecen, cuando les llega la hora, mueren todos con la sonrisa en los labios y sin arrepentirse jamás de sus ideas ni quemar sus papeles.

¿Y esto no dice nada á los *electrizados* del género tonto víctimas de tantas interesadas maquinaciones?

VARIEDADES

Maestro, sálvanos que perecemos!

(FRAGMENTO.)

Llega Jesús á la dormida playa
del lago Tiberiades,
pidiendo, acaso, al mar sus soledades;
se aparta de las gentes,
elige una barquilla
y, reuniendo en ella á sus discípulos,
la proa dirige hacia la opuesta orilla
y Él se duerme en la popa dulcemente.

Mas, de súbito el mar se alzó agitado
y, al impulso del viento,
el barco ya en las olas anegado
juguete parecía
del huracán violento
que las débiles tablas sacudía.
Acercándose entonces los discípulos
á Jesús, le dijeron:
¿No adviertes el peligro y temor nuestro?
Socórenos, Maestro,
Maestro, salvanos que perecemos.

Jesús se alza y responde:
«Hombres de poca fe ¿porqué teméis?»
Y amenazando al viento con la mano
lo deliene al instante,
y al mar le dice: «¡Calla, y enmudece!»
y el mar sumiso, al punto le obedece...

Ya veinte siglos van de tempestades
por Cristo veinte veces dominadas:
olas de sangre inundan la barquilla
cuando doblan los mártires cristianos
el cuello á la cuchilla;
y ruge el vendaval de las pasiones
furioso todavía,
cuando la debil barca vencedora
del incansable oleaje de los siglos,
del siglo de la paz ya ve la aurora...
Y luchan, como impávidos vestiglos
la negación tenaz, la burla artera
y la duda engañosa y seductora
y, como antiguo, forman sus tormentos
mas las olas violentas
á deshacerse irán fieras y locas
sin arrastrar la nave á la ribera
para romperla en las enhiestas roca.

Luis Barros Méndez,

Profesor de la Universidad Católica
de Santiago de Chile.

Antaño y hogaño

I

Pero de veras será nuestro todo eso que usted dice, D. Paco?

—¡Que si será vuestro! Eso ni se pregunta siquiera. Así que hayáis echado del pueblo á los frailes, todas las riquezas que éstos poseen serán declaradas bienes nacionales. ¿Lo oís bien? Nacionales; es decir, pertenecientes á la nación. Y como lo que pertenece á la nación pertenece á todos sus habitantes por aquello de que lo que hay en España es de los españoles, los bienes de esos frailes que os fanatizan y embrutecen pasarán á ser vuestros como dos y dos son cuatro.

—Una duda me asalta, D. Paco, y es, que por esas matemáticas también debería ser nuestra la dehesa del conde del Aguila y los olivares del duque de la Costa, porque también son bienes que están en este pueblo, y siendo nosotros naturales de el y esos grandes señorones forasteros, esas riquezas, según las cuentas de usted, debían ser nuestras y no suyas.

—Es que esos bienes del conde y del duque, no son como los de los frailes, de manos muertas, ¿Lo entendéis bien? De manos muertas, y como los muertos no pueden tener bienes, los frailes, que son manos muertas, tampoco deben tenerlos. Conque así, decidíos de una vez á echarlos del pueblo, que de lo demás yo me encargo. Que no en balde tengo instrucciones del jefe político de la provincia que á su vez las tiene del gobierno de Madrid, y cuando yo os digo que esos bienes de los frailes van á ser declarados bienes de la nación, es porque de sobra lo tengo sabido.

—Pues entonces no hay más que hablar. Al convento, pues, y ¡mueran los frailes!

—Mueran! ¡Mueran! Al convento! ¡Al convento!

II

La antecedente escena tenía lugar, como el lector habrá comprendido, en el año 1834. y en uno de los pueblos de España en que existían conventos de frailes. El D. Paco de nuestra historia, era uno de los muchos oradores de club que por entonces pululaban en nuestra patria, y su auditorio los vecinos del pueblo en cuestión, cuyo nombre no hace al caso.

Y al convento fueron todos ellos y después de arrojar de él á los frailes que pudieron escapar con vida y de saquear lo que hallaron á mano, D. Paco formó á los invasores como D. Quijote á los galeotes á quien acababa de dar libertad y les habló en estos términos:

¡Ciudadanos! El acto que acabáis de realizar os immortalizará ante la historia. Habéis roto las cadenas que os sumían en la esclavitud del fanatismo y abierto al mismo tiempo los veneros de riqueza pública que la rapacidad fraiuna tenía cegados. De hoy más seréis libres y ricos; libres, porque os habéis emancipado de la tutela del fraile; ricos, porque en lugar de esos conventos que nada producen, veréis surgir las granjas modelos, las fábricas que por medio de los adelantos de la industria que transforman las primeras materias y las escuelas de artes y oficios que centuplicarán vuestros esfuerzos, hoy esterilizados por la rutina de vuestros procedimientos, así agrícolas como fabriles.

—Todo eso está muy bien—exclamó uno de los amotinados—pero y el reparto ¿cuándo empieza?

—Tenga paciencia el tío Tocho—respondió un si es no es amostazado D. Paco—Para la distribución de los bienes del convento, a-

guardo órdenes del gobierno, y entre tanto y en virtud de las instrucciones que he recibido de los poderes públicos, quedan todos esos bienes á mi cargo en concepto de depositario de los mismos. Y ahora idos á descansar de esta gloriosa jornada, satisfechos con haber cumplido como buenos ciudadanos.

No quedaron muy satisfechos el tío Tocho y los que con él habían asaltado el convento, de la resolución de D. Paco; pero como éste apoyaba sus determinaciones con la presencia de dos ó tres docenas de *urbanos*, que así eran llamados los milicianos nacionales de entonces, venidos de la capital de la provincia con el agente del gobierno y armados hasta los dientes, por más señas, optaron por aguardar las instrucciones anunciadas por D. Paco para entrar cada uno en el goce de la parte de los bienes del convento que *in mente* se habían adjudicado.

III

Y llegaron al pueblo al cabo de algunos días las tan esperadas instrucciones, en forma de un edicto, fijado en la casa Ayuntamiento, que no daba reglas para que el reparto de los bienes del convento se verificase con equidad entre los vecinos del pueblo, sino que sacaba á subasta á favor del mejor postor, todas las tierras y pertenencias de los religiosos expulsados, declaradas efectivamente bienes nacionales, no para que los disfrutasen todos los vecinos del pueblo, sino aquel que tuviese, así al menos lo creían aquellos incautos vecinos, el dinero suficiente para pagarlos,

—¡Esto es un engaño!—dijo el tío Tocho cuando le leyeron el edicto,—y para ese viaje no necesitábamos alforjas. Porque si todo había de reducirse á un cambio de dueño, bien estábamos con los frailes, que al fin y al cabo, no eran tiranos en los arrendamientos, y si los tiempos no venían bien no apuraban por el pago y aun solían perdonarlo.

—¡Cállese el faccioso!—exclamó el iracundo D. Paco viendo que las palabras del tío Tocho hacían eco entre los vecinos del pueblo.—La nación está representada por el Estado y éste al disponer que los bienes de los frailes salgan á subasta, dispone de lo suyo y al mismo tiempo beneficia á los pueblos haciendo que circule una propiedad que permanecía estéril en poder de manos muertas.

Y la subasta se hizo y ¡oh prodigiosa! Don Paco de quien no se sabía que tuviese sobre qué caerse muerto, por ser notoria su pobreza, resultó agraciado con todos los bienes de los frailes en concepto de mejor postor, á pagar el importe de dichos bienes en tres largos plazos.

O lo que es lo mismo, según hizo notar el tío Tocho:

Que D. Paco, sin más gastos que el que le produjo el gasto del papel sellado en que se extendió la escritura de venta, se encontró dueño y señor de tierras y fincas tasadas por lo bajo en más de tres millones de reales.

—Pero del mal el menos—se dijo para sus adentros.—A nosotros que le hemos ayudado á cargar con el santo y la limosna nos hará alguna rebaja en los arrendamientos de la tierra del convento y eso saldremos ganando.

Y confirmó en esta creencia al tío Tocho, el hecho de que pasados algunos días, recibió un recado de D. Paco mandándole á decir, como á los demás arrendadores, que al día siguiente sin falta, se presentase en el convento para renovar el contrato de su arriendo.

IV

Y llegó el día siguiente, y el tío Tocho y

los demás arrendadores fueron introducidos por uno de los urbanos que habían quedado al servicio de D. Paco, á modo de guardia pretoriana, en la sala capitular del convento, donde su nuevo dueño, arrellenado en el sitial del prior y teniendo delante una mesa atestada de papelotes, los recibió, dándoles á modo de saludo, una desdeñosa cabezada.

Al lado de D. Paco y en otro sitial más modesto, hallábase un señor seco y rígido, todo vestido de negro, y que no era nada menos que notario de la capital, llegado *expresso* para dar fe del acto solemne que iba á verificarse, y que comenzó por levantarse D. Paco del sitial, mendarse el pecho con una tos algo cascarrienta, y dirigir á los arrendadores el siguiente discurso:

—He de decir á ustedes, en primer lugar, que la era de la holganza se ha acabado desde que el gobierno paternal que hoy rige los destinos de España suprimió los frailes, y que desde hoy en adelante, el que quiera comer ha de sudarlo con su trabajo. Se lo advierto á ustedes, porque del examen que he hecho de sus contratos de arrendamiento con los frailes, he visto que las cantidades que pagan por las tierras que cultivan son verdaderamente irrisorias y no están en relación con el valor de las mismas. Y como esto es un escándalo que no estoy dispuesto á tolerar en mis tierras, el que quiera seguir de arrendador, tendrá que doblar el precio que hoy paga y abnar además lo que debe por los arrendamientos vencidos.

—Eso no puede ser, D. Paco —exclamó el tío Tocho, — porque los contratos que tenemos hechos con los antiguos dueños de esas tierras no cumplen hasta dentro de veinte años y en ese tiempo, según en ellos consta, no pueden variarse sus condiciones. Y en cuanto á los atrasos de años anteriores, nos fueron perdonados en la Pascua de Resurrección en atención á los daños causados por el pedrisco que asoló el año pasado los campos.

—¡Esas son excusas de mal pagador! —gritó D. Paco dando repetidos golpes en la mesa que tenía delante.

—¡Pero los contratos!... —replicó el tío Tocho, que entre los demás arrendadores llevaba la voz cantante.

—¡Aquí no hay contratos que valgan! —volvió á gritar D. Paco. —Y si los frailes disponían de lo que no les había costado trabajo el ganarlo, yo no estoy dispuesto á tirar por la ventana lo que legítimamente me pertenece y que he comprado con mi dinero.

D. Paco mentía como un bellaco, porque para quedarse con los bienes de los frailes sólo había gastado cinco reales que le costó el papel sellado de la escritura, y el primer plazo del pago de las fincas que poseía, lo había ya sacado con creces, vendiendo á unos extranjeros varios cuadros de indiscutible mérito que habían en el convento y tallando un monte, también propiedad del convento, y cuya madera le había valido bastantes miles de reales. Por saber todo esto, la indignación del tío Tocho no tuvo límites, y encarándose con aquel procaz embaucador, le dijo:

—No tiene usted la culpa, sino nosotros, que nos dejamos engañar por usted cuando nos aseguraba que una vez echados los frailes del convento, sus bienes se repartirían entre todos los vecinos del pueblo rata por cantidad. Pero yo le aseguro que no le he de dar un cuato por el arrendamiento de las tierras que de padres á hijos están como vinculadas en mi familia, ó nos han de oír los gordos.

—¡A la cárcel ese insolente faccioso! —exclamó colérico D. Paco. —¡A ver! —prosiguió —yengan cuatro urbanos y alado codo con

codo lleven á ese criminal al Ayuntamiento, como conspirador contra el orden público y espía de los carlistas.

Y quieras que no, tío Tocho fué efectivamente maniatado y llevado á la cárcel, donde es fama murió bajo el peso de una causa criminal que se le siguió como espía del Pretendiente.

Con lo cual los demás arrendadores, curándose en salud, renovaron sus contratos de arrendamiento á gusto de D. Paco, y como éste les dijo, tuvieron en adelante que sudar el hopo para poder comer á duras penas el pan que holgadamente ganaban cuando sus amos eran los frailes.

V

¿Pero y las granjas modelos y demás venturas ofrecidas por D. Paco á los que ayudaron á despojar á los frailes del pueblo de nuestra historia?

De ellas no hay la menor señal hasta la hora presente, y cuenta que van transcurridos cerca de sesenta años.

El convento está convertido en almacén de maderas de los herederos de D. Paco, y en vez de las escuelas de artes y oficios ofrecidas por éste, hay un maestro de primeras letras á quien el Ayuntamiento debe once mensualidades de su mísero sueldo, y como el hambre no tiene humor de enseñar á leer á los chicos del pueblo, ni hay ya frailes que lo hagan, los rapaces se apedrean paternalmente jugando á las elecciones, que, son las batallas que en la edad presente han sustituido á las antiguas entre moros y cristianos.

En cuanto á los antiguos arrendadores de los frailes, no hay ya uno para un remedio. Y en cierto modo es un bien para los descendientes de aquéllos, porque sólo podría recordarles tiempos más felices, y esto, según el poeta, es el mayor dolor que puede existir en tiempos de miserias y desgracias.

Dionisio Rojas.

Lectura Dominical.

REVOLUCION

¿Qué cosa es revolucion?
Soltar la pluma y la boca
Quitarnos lo que nos toca
Y convertirlo en turrón;
Hablar de constitución
Apretar más nuestros grillos
Dejar limpios los bolsillos
No guardar ninguna ley
Quitar al Papa y al Rey
Y, que gobiernen los pillos.

SUSCRIPCION

PARA SOCORRER Á D. BERNARDO SANTIAGO FRANCO POBRE, ENFERMO Y CESANTE, POR HABER INVENTADO Y PROPAGADO LA COLOCACION DE PLACAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS EN LAS FACIADAS DE LAS CASAS.

	Pts.	Cts.
Suma anterior.	2100	13
D. Anacleto Bujanda	2	
« Luis Mansanares	1	
D. ^a Josefina García	5	
Un Devoto del S. C. de Jesús	5	
D. Bernardo Ortea	1	
« Valeriano F. Cabo	1	

» Manuel Blanco	1
» Adolfo Gonzalez	1
» Isidro Delor	1
» Nemesio Palacio	50
» Jorge Suarez	1 50
» Demetrio Suarez	1
» Francisco Aguirre	3
» Ignacio Equino	3
» Rafael Ugalde	3
» Joaquin Rutz	5
» Justo García	2
D. ^a Josefa Morillo	1
« Isabel Dávila	1
« Consuelo Fenandez Blanco	1
Varios Católicos de Carcagente	12
D. Manuel Gomez Gomez	2
» F. G. A. (Valencia)	10
» A. D. H. (Santander)	5
» Antonio Farell	25

Suma. 2194 13

Se concluirá.

¿DÓNDE VIVE JESÚS?

No se encuentra en los bailes licenciosos,
ni en medio del tumulto,
ni en las fiestas que dan los poderosos,
para quien vive oculto.
Huye de los ruidos mundanales,
el silencio le agrada,
detesta las impuras bacanales
y la necia algarada.
Vive entre los humildes, se recrea
con los pobres mendigos,
y á los más desgraciados alardea
tenerlos por amigos.
En la santa humildad, en la pobreza,
en la virtud callada,
en la virginidad y en la pureza....
ahí tiene su morada.

T. Méndez.

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea descient sesenta y cinco al mes, que el accionista reparte por sus hijos, criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id.	1 » »
Un octavo id.	0.50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Pasa 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR